

FUE MI CULPA LO HICE POR AMOR

**de
OMAR VARELA**

Montevideo, 2007

JOSELINE

Gracias porque sé que ustedes pagaron para vernos y sé también que gracias al dinero que recaudaremos por la venta de entradas de este espectáculo, si es que así podemos llamarlo, podremos arreglar un poco el techo, las paredes y el piso de esta institución que alberga a mucha gente que en un momento de su vida se descarriló, o se equivocó, o no se sabe qué le pasó, y realizó algo terrible que lo privó de su libertad.

Cansados de vender rifas que nadie compraba y hartos de hacer manualidades que no se vendían en ninguna feria, uno de nuestros compañeros, actor famoso, ganador de varios premios Florencio, con el cual inclusive golpeó a un crítico de un conocido matutino cuando lo deshizo en su último espectáculo, sugirió con su conocimiento escénico realizar estas funciones informando a la prensa capitalina de espectáculos, que inmediatamente lo tomó como la más interesante de las propuestas teatrales del under montevideano, transformándonos así en lo que ellos llaman teatro de culto, y que por supuesto nosotros decimos que sí, que obviamente era eso lo que buscábamos con esta propuesta, sin tener la más mínima idea de lo que nos están diciendo. Inclusive hemos ganado el premio Lolita Rubial, el Iris, el premio Juan Herrera Producciones y el máximo galardón de teatro nacional el Florencio compartido con Canela y su Baracutanga...

Pero lo que importa es que ustedes vienen a vernos, compran las entradas y nosotros arreglaremos nuestra casa, nuestro nuevo hogar, en el que viviremos siempre y al que hemos bautizado por mayoría a sugerencia de un compañero escritor, periodista también internado en este pabellón: **ALMA HERIDA**

En mi caso específicamente el problema fue con mi marido. Llevábamos 20 años de casados y nunca habíamos discutido, nunca habíamos tenido ningún problema.

Nuestro hijo Jony Nelson de 10 años de edad era la luz de nuestros ojos. Lo tuve a los 42 años, fue como una bendición. Albérico mi marido era un hombre trabajador, simpático, vendedor de electrodomésticos en el interior. Teníamos una relación normal como la de cualquier matrimonio. Con algún altibajo, como cualquier matrimonio.

Un día Jony Nelson estaba jugando en nuestro cuarto. Dos por tres se disfrazaba con mis ropas y se maquillaba y se ponía mis zapatos de taco alto, mis collares, cosa que hacen todos los niños... Albérico llegó del trabajo, entró al dormitorio y lo vio a Jony Nelson vestido con mis ropas y empezó a golpearlo. Estaba furioso. ¡Maricón de mierda!, le gritaba. Yo estaba en la cocina poniendo unas remolachas en la licuadora porque iba a hacer una sopa que me enseñó una vecina húngara y escuché el grito de la criatura, corrí con la jarra de la licuadora en la mano y cuando vi al Jony Nelson con mi salto de cama y mis tacos azules en el suelo y al padre con el cinturón en la mano pegándole, me vi a misma, me confundí, sentí que era a mí que Albérico me pegaba y entonces le partí la jarra de vidrio de la licuadora en la cabeza. Hacía 20 años que teníamos esa licuadora, alemana de vidrio grueso, ¡estaba como nueva!

Cayó al suelo enseguida... la remolacha salpicó todo, se confundía con la sangre que le salía de la cabeza. Después bueno... lo de siempre, la policía, y todo lo que saben.

Soy culpable, pero lo hice por amor a mi hijo.

Solo una madre puede entenderme. Solo alguien que tenga un hijo. Una se pregunta ¿dónde fallé? ¿Qué hice mal?

Ya han pasado 8 años, Jony Nelson es mayor de edad. Trabaja en una whiskería de Maldonado. Ha venido a verme siempre. Ha cambiado mucho, muchísimo. Ahora se llama Viviana. Es feliz así, si él, bueno ella es feliz yo también lo soy. No voy a negar que me impresiona un poco porque es como ver a Albérico, mi marido de peluca, porque pobrecita es un calco del padre.

Pobre hija mía, no es muy bonita como mujer que digamos, pero bueno... está feliz. Vive con un muchacho que según ella la cuida y la quiere, taxi boy quiere decir taxista en inglés. Su sueño es abrir una peluquería en Punta del Este para atender a todos los famosos que vienen de Buenos Aires a pasar la temporada. Susana Jiménez, la mona Jiménez, el pastor Jiménez y su esposa Irma.

Es muy buena conmigo, me trae revistas de chismes y cuando cumplí 60 el año pasado, ¿a qué no saben lo que me regaló? Una licuadora. Sí, una licuadora pero la jarra es de plástico. Dice que ya no hay más con jarra de vidrio. La puse arriba de mi cama en una repisa que tengo en la habitación. De cada lado de la licuadora puse un retrato. Uno de Jony Nelson, Viviana y otro de Albérico mi marido. A veces prendo una velita y pido por ellos, para que Albérico descanse en paz, cosa que no creo y para que Jony Nelson sea feliz y pueda abrir su peluquería.

Cuando miro la repisa pienso... en un minuto te cambia la vida. En un minuto te puede pasar cualquier cosa. Pero no lo niego, fue mi culpa lo hice por amor a mi hijo.

Agradezco nuevamente la colaboración de ustedes y les recuerdo que con lo recaudado arreglaremos el techo, las paredes y el piso de nuestro hogar.

LA PLANCHA

Soy nerviosa. Alérgica y nerviosa. Mi alergia es producto de los nervios. Me broto, y me pica. Me gusta planchar. Es lo único que me gusta de las tareas de la casa, planchar. Odio lavar la ropa y limpiar la cocina. Me pone de mal humor. Los detergentes me dan alergia. Ya probé con todos, ph neutro, colágeno, etc., etc. Ninguno me da resultado, todos me dan alergia. No me gusta hacer la cama ni pasar la aspiradora, pero planchar me encanta, me relaja, me tranquiliza. Por eso he desarrollado un enorme conocimiento en la técnica de planchar.

Tengo varias planchas: comunes, a vapor, con lanza agua, varias temperaturas, diferentes botones, acero, teflón, pero la que realmente más me gusta es la que heredé de mi abuela. Una plancha de hierro pesada que para usarla hay que calentarla sobre el fuego. La uso en ocasiones especiales. Muchas veces para planchar las túnicas de mis hijos. La pongo sobre la hornalla de la cocina y la agarro con un trapo para no quemarme. Cuando la uso pienso en mi abuela Tota y todo lo que habrá planchado con ella. Sus ropas, las de mi abuelo, la ropita de mi mamá cuando era niña, en fin. No es solo una simple plancha para mí, es parte de la historia de mi familia. Cuando plancho las túnicas de mis hijos me acuerdo que mi madre almidonaba mis túnicas y las planchaba con esa misma plancha de hierro bien caliente. Hasta siento el olor. Las túnicas quedaban duras, parecían de cartón. Eso nunca lo pude conseguir. He practicado con varias prendas pero nunca he conseguido la perfección de mi abuela o de mi madre. Algún día lo lograré. Albano mi marido, me halagaba cada vez que sacaba una camisa del ropero. Está como nueva, como recién comprada, decía. Y yo le explicaba que una prenda bien planchada daba esa sensación, y que si la prenda acompañaba parecía nueva. Entre Albano y mis hijos se repartían las tareas de la casa y a mí me dejaban la de planchar.

Vivíamos en una casa antigua que Albano heredó de sus padres, una típica casa de altos, en la calle Panamá ,larga de varios cuartos, una gran cocina al fondo y dos claraboyas, con una escalera de mármol enorme. En la cocina hay un placard especial que me hizo un carpintero amigo de mi marido para guardar las planchas, el agua destilada, la tabla de planchar y una tabla de repuesto. Una vez por semana limpio todas las planchas y las que son a vapor las limpio con vinagre porque eso no permite formaciones calcáreas que luego obstruyen el vapor cuando una está en plena tarea.

Puedo pasarme horas planchando, días planchando, y lo que más me gusta es cuando me enfrento a una prenda complicada, como por ejemplo una blusa con tablas, las polleras plisadas, o el vestido de española de mi hija Gabriela que tiene siete capas de volados dobles porque ella estudia flamenco con el bailar Sergio Galeni.

Al costado de la tabla tengo mi televisor 12 pulgadas que me lo gané con los puntos del supermercado, bueno, el televisor y cuatro diferentes planchas que no me dieron mucho resultado. El televisor sí, sobrevivió a las cuatro planchas, que se rompieron y que yo le pedí a mi cuñada Esma que estudia en el Hogar de la Empleada decoración, que me hiciera cuatro lámparas con las planchas como base y unas pantallas divinas

que las puse dos en el living y dos en el dormitorio, una en cada mesita de luz. La tele la miro mientras plancho.

Algunas vecinas no pueden creer que yo planche las toallas, las medias, los repasadores y hasta el trapo rejilla de la cocina. La semana pasada Nibia, la vecina de al lado, trajo a la sobrina para mostrarle como tengo ordenado el placard de la ropa. Miraban raro. También me pidió que le mostrara el mueble de las planchas, la muchacha no daba crédito a lo que veía, por momentos hasta me pareció que estaban tentadas. Pero nunca vi una cara de mayor sorpresa cuando le mostré la plancha de mi abuela. Cuando se fueron, me dio la impresión de que me estaban tomando el pelo. En fin.

Albano trabaja en una empresa de encomiendas al interior. Tenía la fiesta de fin de año con los compañeros de la oficina. Habían reservado una mesa larga en la plaza de comida de Tres Cruces. Hacía mucho calor y yo estaba repasando con la plancha los repasadores de Navidad. Unos repasadores de algodón Pallette con diseños de navideños que siempre pongo en la mesa para fin de año. Albano se terminó de bañar y fue a buscar una camisa al dormitorio. Mientras yo humedecía uno de los repasadores que tenía dibujado un Papá Noel sobre un trineo para sacarle una arruga a una ardilla que se apoyaba sobre los cuernos de un reno, veo a mi marido frente a mí diciéndome: *Esta camisa está arrugada*. Miré la camisa y no vi ninguna arruga, pero igual le dije: *En cinco minutos te la plancho*. Albano me miró y me dijo: Dejá que todavía voy a llegar tarde. Me empecé a brotar de los nervios, nunca Albano me había hablado así. Me empezó a faltar el aire

Calenté la plancha de hierro de mi abuela tan rápido como pude y empecé a planchar la camisa en mi tabla de repuesto. Yo no veía ninguna arruga, la camisa estaba impecable. Albano me dijo: No vale la pena, me dejo la remera que tenía puesta. Yo lo mire y le dije: Te pones ésta camisa porque la acabo de planchar. Albano, parado al borde de la escalera para irse insistió en que la camisa estaba arrugada y que se dejaba la remera y me dijo: Dejate de joder con esa plancha vieja, con el calor que hace. De pronto siento un olor a quemado, era la ardilla del repasador que se estaba prendiendo fuego. Por primera vez me en mi vida me había quemado una prenda. Todo por culpa de Albano. Mi repasador Pallette de navidad que ya no lo fabrican más, regalo de casamiento. Me engegué.

Me le tiré encima y le incrusté la plancha caliente de hierro en la espalda, Albano rodó por la escalera y se partió la cabeza. Albano cayó redondo. En ese momento me di cuenta que una de las piernas de sus pantalones tenía mal hecha la raya, se lo saqué, los planché, se los volví a poner y llamé a la policía.

Acá no hay planchas, o mejor dicho, a mí no me dejan planchar, por eso vivo brotada, tengo una alergia nerviosa permanente. Extraño a Albano, mis hijos no vienen, andarán por ahí con la ropa arrugada avergonzados de mí, y lo que más me duele es que nadie sabe donde fue a parar la plancha de hierro de mi abuela.

Esta es mi historia, planchar era lo único que me hacía bien. Fue mi culpa, lo hice por amor a mi vocación.

TOMATES RELLENOS

Me llamo Sandra. Fui maestra muchos años hasta que me separaron del cargo. Tuve problemas con un niño mal educado que me insultó, Barboza se llamaba, me dijo: gansa de mierda, cuando yo me esforzaba en enseñarles Tabaré de Zorrilla de San Martín. Me hizo acordar a mi padre que toda la vida me golpeaba la cabeza y me decía gansa porque cuando yo nací él quería un varón y no tuvo suerte. Al niño Barboza le partí una campana en la cabeza. Después que me sumariaron, me separaron del cargo por esas estupideces de los derechos humanos y me pasaron a psiquiatra. Es que esos arranques agresivos me habían dado varias veces, pero nunca habían pasado de una trompada a un alumno, un pellizcón a otro, o una buena tirada de orejas, pero siempre merecidos. Lo del golpe en la cabeza al niño Barboza se me escapó de las manos.

Fue lo que me alejó de todo, de la escuela, de mis amigos, de mis familiares. La única que me habla es una prima, mi prima Adriana, que tuvo un problema parecido al mío, pero con un vecino que la jodía con la pelota justo cuando mi prima estaba durmiendo la siesta. La pobre es telefonista de Antel y trabaja de noche. El chiquilín jugaba a la pelota debajo de su ventana y la pobre no podía dormir. Hasta que un día no aguantó más, bajó con una cuchilla y le pinchó la pelota, si el niño no se hubiera ido aterrado me confesó, de lo loca que estaba también lo hubiera atravesado a él. Por eso me entiende y es la única de mi familia que me habla. Pero un día todo cambió en mi vida. Walter llegó a mi vida con su moto y comencé a vivir una vida que nunca antes había conocido.

La moto de Walter, mi novio, es una moto enorme, italiana, no me acuerdo la marca ahora, toda negra y plateada, muy codiciada en nuestro país, principalmente por los fanáticos de las motos y los coleccionistas, ya que se fabricaron muy pocas. Walter venía a verme a casa y desde la ventana del comedor, cuando la moto estaba a dos cuadras podías escucharla. Ahí está Walter decía yo, y me asomaba a la ventana para verlo llegar.

¡Qué hombre Dios mío! Nunca me gustó tanto un hombre como Walter. Él es del interior, de Colonia Valdense, altísimo, 1 metro 90 rubio, hijo de suizos. Estudió en la escuela de lechería, y se recibió, pero él quería jugar al basketball, y lo logró. Empezó jugando en el Club Plaza de Colonia Suiza, pero ni bien lo vieron se lo trajeron a Montevideo.

Nos conocimos en un asado, en el cumpleaños de mi prima Adriana. Lo trajo Uruguay, el marido de mi prima que lo conocía de Colonia Valdense. Fue una atracción inmediata. Estábamos parados adelante del parrillero y los dos agarramos el mismo pedazo de carne a la vez. Nuestros tenedores quedaron trancados y nosotros nos empezamos a reír. Es que *me gusta bien jugosa*, le dije y él me respondió: *somos dos*. Cuando se fue del cumpleaños me invitó a salir y quedamos en vernos al otro día. Llegó a buscarme en la moto y nos fuimos a tomar mate a la rambla. Él tenía puesto un vaquero negro ajustado y unas botas como las que usan los motoqueros de las

películas. Tenía una camiseta negra con una calavera blanca en la espalda, que me daba un poco de miedo.

Yo nunca me había subido a una moto y menos a una moto tan grande, y lo peor fue cuando me subí y me dijo que lo agarrara fuerte de la cintura. ¡Dios mío! El cuerpo de Walter era como de hierro. Se puso su casco negro, me dio a mí un casco más pequeño y partimos abrazados a la rambla.

Yo no sabía que me estaba pasando. Estaba aterrada y caliente al mismo tiempo. El miedo que me daba andar en moto y la calentura que me daba la cintura de ese hombre lograron que me meara sentada. Qué vergüenza. No sabía que hacer. Sentía correr aquello por las piernas y meterse en mis zapatos de taco, le dije a Walter. Doblá... no me escuchaba... por el casco, le pellizque la calavera y ahí reaccionó, le dije toda meada, doblá que me olvidé de algo. Walter me llevó de nuevo a casa y subió sin darse cuenta que mis jeans estaban todos meados.

Ni bien entró a casa me pidió una franela. En la cocina tenés, debajo de la pileta, le dije mientras me sacaba los jeans mojados. De pronto siento a Estela Raval cantando, *te gusta Estela Raval* me dice Walter. *Sí, me encanta*, ella y los cinco Latinos le digo yo mientras me sacaba la bombacha en el baño. Como verás tengo todos sus discos. Somos dos me dijo tímidamente. Me cambié y cuando salí del baño estaba Walter sentado lustrando su casco con la franela de encerar los muebles y con una sonrisa picarona me extendió el mate y me dijo. *Acá esta mejor que en la rambla*.

Recién en ese momento tomé conciencia del tamaño de sus manos. Eran manos enormes que de pronto empezaron a acariciarme. Cuando me sentó en su falda ¡Dios! Me asusté un poco. Sentía que estaba sentada sobre algo duro enorme y no me equivoqué. Walter tenía aquello de un tamaño descomunal. No paramos de hacer el amor.

Nos dio hambre y lo único que yo tenía en la heladera era un paquete de manteca y unos tomates rellenos. Comimos eso, tomates rellenos de atún. La manteca... bueno no viene al caso qué fue lo que hicimos con la manteca... Esa pasó a ser nuestra comida preferida y cada aniversario lo festejábamos comiendo tomates. Él venía a comer a casa y casi siempre se quedaba a dormir. Estuvimos así durante años. Yo era otra mujer, más abierta, más lanzada, andaba en moto sin ningún miedo y me sentía realmente feliz.

Una noche llamo a Walter a la práctica y le pregunto que quiere que le prepare para la cena. *Tomates rellenos* me dice, *¡o te olvidaste qué fecha es hoy! Y no te olvides de la manteca...* *Bueno nos vemos en un rato*, le dije. Yo no lo podía creer. ¡Me había olvidado por completo! Ese día no paraba de llover. Manteca tenía. Salí a comprar tomates. En el almacén de la esquina de mi casa no había. No es temporada de tomates me dijo el almacenero. Me tomé un taxi debajo de la lluvia y me fui al supermercado. El supermercado ya estaba cerrando y le suplique al policía que me dejara entrar. No tuve suerte. El puesto de verduras de la calle Colonia está abierto toda la noche. Me tomé otro taxi y llegué, le pedí al taxista que me esperara mientras bajaba por los tomates. Por suerte encontré lo que buscaba. Quedaban cuatro tomates. Alcanzan pensé. Yo como otra cosa, me hago unas moñitas y asunto arreglado. Llegué

a casa empapada y con 400 pesos menos entre los taxis y los tomates. Pero Walter lo merecía. Cuando estaba agujereando los tomates me di cuenta que no tenía atún, pero cómo, ¡si yo había comprado 3 latas por 10 pesos Leather Price en el supermercado! Fui de nuevo al almacén pero ya estaba cerrado. Le pedí a mi vecina si tenía una lata y después de mirarme con cara de culo vino con una lata de atún y me dijo: *Tomá, cuando puedas me lo devolvés*. Herví arroz, lo mezclé con el atún... en fin, preparé los tomates rellenos de Walter. Y yo me hice unas moñitas con aceite y queso.

Ahí está la moto... Walter llegó un poco malhumorado porque llovía horrible. Se sacó las botas agarró la franela y se puso a lustrar el casco negro. Dame el casco que yo te lo lustro mientras te secás en el baño. ¡Cómo pesaba ese casco mi Dios! Walter fue al baño a secarse y después nos sentamos a cenar. Cuando vio los tomates se puso más contento. De pronto veo que escupe un pedazo que se había llevado a la boca y me dice *¡Estos tomates están verdes! No me gustan*. Le pedí disculpas. Yo nunca lo había visto así, tan agresivo, es más creo que estaba un poco tomado. Le conté todo lo que había hecho para conseguir esos tomates de mierda y el me dijo: *Dame las moñitas esas y comételes vos. Pero Walter* le dije, después de todo lo que hice para conseguir los tomates... *¡No me jodas más con los tomates, comételes vos! Yo me como las moñitas. ¡Gansa!*

Me levanté de la mesa desencajada. Estaba tan furiosa que no sabía qué hacer. Me dijo gansa, como mi padre, gansa como Barboza. Yo sentía que estaba en el recreo con la campana en la mano y con el niño Barboza que me insultaba delante de todos los niños de la escuela. Sentía la risa de los niños y la cara de mi padre mirándome con asco y golpeándome la cabeza. De pronto lo escucho decir *No hagas tanto drama por esos tomates de mierda y vení a comer*. Agarré el casco, tomé distancia y me abalancé. El estaba de espaldas, no vio nada, le partí el casco lustrado en la cabeza. Cayó de cara sobre las moñitas. Fue un golpe mortal.

El era todo para mí. Un hombre como Walter sé muy bien que no volveré a conocer, por lo menos al contar esta historia lo recuerdo y hasta creo que me hace bien.

No tenía por que tratarme así. Fue mi culpa... lo hice por amor propio.

CRISTIAN ESTIVEN

Aparece con una bandeja de pasteles

CRISTIAN ¿Ahora bajo a vender los pasteles?

SANDRA No, ahora no. Al final de la función.

CRISTIAN ¡Pero se van a enfriar!

SANDRA No importa. Llevá eso para la cocina.

CRISTIAN Bueno, no me hablés mal, yo también estoy cola

NEDA

Nunca me alegré tanto como cuando el escribano de la Administración del edificio contó los votos de los copropietarios y dijo: Siete votos a favor y tres en contra, hacen que la presidenta del edificio sea una vez más, la señora Neda. Agradecí a los vecinos presentes y traté de descubrir quienes eran los tres que no me habían votado. Tenía bien claro que una de ellas era la del 203 porque esa marimacho siempre quiso ser la presidenta, pero ¿y los otros dos? ¿Quiénes serían? Miré al viejo del 1002 y sospeché que podría ser el segundo, igual no se por qué, porque nunca tuvimos ni un sí ni un no, pero él siempre me miró mal. El tercero creo que fue el matrimonio nuevo, jovencito, con pinta de izquierdistas. Ellos alquilan, no son propietarios, pero la dueña los autorizó a opinar y votar en todas las asambleas del edificio. Qué saben, ¡qué pueden opinar! Como jubilada de la Corte Electoral siempre supe que las mayorías son las que importan, pero las minorías molestan. Y hay que combatir las. Siempre tuve puesta la camiseta del edificio, en las buenas y en las malas. Con saldos a favor y con saldos en contra, hasta llegué a poner plata de mi bolsillo para comprar lámparas o arreglar el ascensor.

Pero hay gente que es desagradecida, que no valora el esfuerzo que una hace. Me acuerdo de la profesora jubilada que vivía en el quinto piso, una mujer muy fea que la había dejado el marido. Un día me insultó porque le dejé un papel por debajo de la puerta que decía que su cisterna estaba perdiendo agua y el ruido molestaba al de abajo por el ducto, y ni que hablar de lo que íbamos Todos a pagar de OSE ¡por culpa de Su pérdida de agua! Delante del portero, la señora del 103, y un repartidor de La Pasiva que siempre le trae comida a la gorda del sexto que es incapaz de cocinar, me dijo: *De mi water me encargo yo, no me deje más papeles debajo de la puerta, métaselos en el culo, ¡vieja atrevida!* Yo no le respondí nada y pensé, ya vendrás con el caballo cansado, que boquita una profesora de literatura. Y no me equivoqué. Siéntate en tu casa y verás pasar el cadáver de tu enemigo.

Una tarde me toca timbre Ramón, el portero. Capítulo aparte, un desgraciado, flaco, desnutrido, con cinco hijos, uno enfermo, que prácticamente lo que gana lo gasta en el ómnibus, un muchacho que es un pan de dios. Todos los fines de año le regalo un pan dulce y un desodorante de barra. Bueno, esa tarde Ramón me toca timbre y me dice *Neda, la señora profesora del quinto piso no se que está diciendo atrás del puerta. Parece que pide auxilio y la parejita del 101 quiere tirar la puerta abajo. Que esperanza le dije, ¡ya bajo! Baje. ¿Qué está pasando acá?* le pregunté a la parejita. De adentro se escuchaba como bajito la voz de la profesora que decía que tiraran la puerta abajo, que le dolía el pecho, que había que llamar a la emergencia. La parejita quería romper la puerta. *¡De ninguna manera!* les dije, *eso es propiedad privada, ¡nosotros no tenemos derecho a invadirla!* Ellos insistían y yo les dije, *quién paga esa puerta si la rompemos, ¡¿ustedes?! ¡Hagan silencio y dejenme proceder a mí!* Me acerque a la puerta y le dije, *Vamos vamos haga un esfuerzo y llegue hasta la puerta, un esfuercito y abra, ¡un esfuercito mas!* De pronto se escuchó el ruido de las llaves e inmediatamente después un ronquido... ¡aaaaaah!. Murió de un infarto colgada del pestillo de la puerta. Te das cuenta, ¿de que le sirvió tanto cogote? ¡Aquí se hacen, aquí se pagan!

Sin duda la parejita fue la que me votó en contra, desde ese día me doy cuenta que me ignoran, no me dirigen la palabra, los saludo en el ascensor y no me responden. Maleducados, ¡ya me van a precisar! Sin duda que ellos me votaron en contra... la del 203 y ¿el viejo del 1002? ¡Fue él! Este señor del 1002 ni bien se mudó me vivía tocando timbre como si yo fuera la portera. Yo soy la presidenta del consorcio señor, no la portera, le dije. Resulta que vinieron a ponerle el cable y yo, obviamente soy la única persona que tiene las llaves de la azotea. Ni los atendí, porque yo sabía que eran ellos los que me tocaban timbre a las siete y media de la mañana y hay un horario para esas cosas. El reglamento de copropiedad es bien claro y hay que respetarlo. Él nunca me dijo nada pero se lo comentó al portero, que por supuesto siempre me cuenta todo. ¡Él me votó!

CRISTIAN ESTIVEN

CRISTIAN ¿Ya terminó? ¿Ya bajo a vender los pasteles?

NEDA No.

CRISTIAN Bueno, no me grités.

NEDA Yo te aviso cuando termine.

CRISTIAN Yo sentí aplausos y pensé que había terminado.

NEDA No. ¡Todavía no terminó!

BIRUTA

Mirá que molestan ustedes, ¿qué mierda quieren? ¿A quién le puede importar por qué estoy acá? ¡Que joder ahora con eso de tener que contar la vida privada de una! ¿Con qué derecho? No me jodan más, que los parió.

Lo digo de una vez y no lo repito.

Mi marido era policía. Un día me corté el pelo y me hice la tinta en la peluquería de la Cooperativa Policial. Yo estaba encantada. Cuando él me vio se empezó a reír de mí y a decirme que parecía una ridícula. Ridícula será tu madre, la reputísima madre que te parió, le dije, y seguía riéndose a carcajadas. Ah mirá, ¡¿te seguís riendo hijo de puta?! Agarré su revolver que estaba arriba del bargueño y le martillé cuatro tiros. Ya está. Andá a reírte de tu madre. ¡Culo roto!

Por eso estoy acá. ¿Están conformes? Ahora ya lo saben. Bueno, no me jodan más que quiero seguir durmiendo.

MORRÓN

Buenas noches, muchos de ustedes de pronto ya me conocen porque puede ser que me hayan visto animando alguna fiesta o algún otro evento. Para los que no me conocen todavía soy Morrón el payaso picaón. Me gano la vida animando fiestas infantiles, bar mitz vas, despedidas de soltero, lo que sea. Llegué a la conclusión que ser payaso era la mejor opción porque yo ya hice de todo, fui barman, vendedor de ropa, crítico teatral, taxi boy, administrador de gastos comunes, todo. No le hago asco al trabajo, pero descubrí que nada me daba más alegrías que ser payaso, el arte de hacer feliz a la gente, sacarle una sonrisa a los niños, entretener a los enfermos. Aunque nunca logré lo que más quería, el sueño de cualquier payaso. Ser Ronald Mc Donald, lo máximo.

Empecé a trabajar, no me llamaba casi nadie. Entonces averigüé cuando cobraban los otros payasos y puse mi tarifa a la mitad. Ahí empezó a llamarme todo el mundo. Un día salía de un cumpleaños en Pocitos y me agarraron Narizota y Pelusita y me amenazaron con partirme la cara si no subía los precios me iban a echar del sindicato de payasos. Yo no les hice caso, no me interesa el sindicato de payasos y si me echan me chupa un huevo.

Pese a todo eso, mi vida transcurría normalmente, mi agenda de trabajo era muy extensa, pero dos por tres se me aparecía algún payaso del sindicato a pesetearme. Empecé a ponerme nervioso. Cuando estaba animando un cumpleaños pensaba que iban a entrar a darme una paliza. Todo me irritaba.

Un día llego a un cumpleaños de una nena, en un local de Punta Carretas, de esos con peloteros, juegos y todas esas pelotudeces. El ambiente ya estaba medio caldeado, el abuelo de la botija con una peluca de mujer bailaba y cantaba “Estoy saliendo con un chabón”, y hacía farándula con otros viejos que ya estaban en pedo y se refregaban entre ellos. En las mesas, las viejas los miraban y los aplaudían mientras se tragaban los sándwiches y la pizza que bajaban con enormes vasos de coca-cola que se servían de una jarra que ya no tenía fuerza y estaba caliente. Una flaca medio sicobolche con un delantal rayado y cara de ojete repartía hamburguesas por las mesas. La abuela de la del cumpleaños decía moviendo su dentadura postiza “mi hamburguesa la quiero bien quemada, sin lechuga y con poca mayonesa”. “Enseguida le traigo señora” decía la flaca sicobolche con cara de ojete, que tocó un pito e hizo poner a los chiquilines en fila mientras entraba un mariquita disfrazado de Power Ranger que les daba un cucurucho de cartón con papas fritas bien ensopadas en aceite.

En un rincón del salón una mujer medio negra custodiaba los regalos. Cuatro muñecas iguales imitación Barbie, seis puzzles de Winnie The Pooh oferta Tata de la semana, una esclava de oro con medalla regalo de la abuela desubicada, dos pares de taquitos altos de acrílico simil Barbie, varios celulares de plástico, y un libro de poemas de Mario Benedetti, que nunca se supo quién mierda se lo había regalado.

No habían terminado de tragar las papas aceitosas que sonó de nuevo el pito y los sentaron a todos delante de un teatrillo de títeres que manejaba la mariquita Power Ranger y la sicobolche con cara de ojete. Los títeres eran un ratón y una mariposa que

conversaban sobre la polución y los problemas del medio ambiente. “Tenemos que cuidar el agua, el aire, nuestro planeta” decía el ratoncito... la mariposa decía “las papeleras contaminan”. ¡Dejate de joder! Me dio unas ganas de darle una patada en el orto a esos dos retardados, pero me aguanté. Los niños se entraron a golpear entre ellos, volaban los cucuruchos de papas fritas y yo me entré a poner nervioso porque me di cuenta que el clima de la fiesta venía un poco complicado.

Cuando estaba por empezar a hacer mi show se me acercó un botija. Le digo: “¿cómo te llamas?”, “Eduardito” me dijo, y agregó: “yo a vos te conozco payaso pelotudo, siempre hacés lo mismo”. Me hice el que no lo escuché y empecé con mi rutina. Cada vez que iba a terminar un chiste el pendejo se adelantaba y lo decía antes que yo. Me empecé a poner loco y el pendejo se cagaba de la risa. El ambiente se saló y la madre de la del cumpleaños se me acercó y me pidió que hiciera otra cosa. Yo siempre tenía un disfraz de payasito en mi valija para disfrazar al que cumplía años y darle una sorpresa a los amiguitos. Cuando le dije a la nena del cumpleaños que viniera conmigo que tenía una sorpresa, el pendejo dijo bien fuerte: “¡ahora la va a disfrazar de payaso como él!”. Una gorda, con un gorrito de cumpleaños de papel y un globo rosado de la Barbie gritó desde una mesa: “que se vaya ese payaso pedorro y que cante mi sobrino Eduardito”.

Sin dejarme terminar, empezó el Karaoke y Eduardito agarró el micrófono y empezó a cantar “La última curda”: lastima bandoneón mi corazón, tu ronca maldición maleva... Fue tal la calentura que me agarré, que me fui a fumar un cigarro al pelotero. Respiré hondo y el olor a pata del pelotero te quemaba la garganta. Una pendeja de unos cuatro años con unas orejas enormes me miraba sentada arriba de las pelotas y me dijo: “no fumés payaso que hace mal al medio ambiente”. Apague el cigarro, la miré fijo a los ojos y le dije “andá a la concha de tu madre dumbó, orejuda de mierda, y sabés que, ¡los reyes son los padres!”. La guacha quedó tan impactada que se meó encima y se fue llorando para el salón principal. Ahí llegaron dos botijas traspirados con torta en la mano medio pegada a la servilleta y ya se empezaron a revolcar entre las pelotas meadas. ¿Hay algo más sucio que un pelotero de cumpleaños? ¡¿Vos te crees que alguien lava las pelotas esas?! Ahí hay pedazos de pizza, pildoritas, hamburguesas, alguna garcada de algún pibe, un olor ácido... por que mirá que tienen olor a pata los pendejos...

Cuando decido volver al escenario, el pendejo cantor se me atraviesa cagado de la risa y me dice: “¿Seguís insistiendo payaso pelotudo?”. Vi todo rojo, lo agarré del pescuezo y lo reventé contra un castillito de madera compensada. El pendejo quedó en el suelo entre Blancanieves y la Cenicienta. De pronto se paró, se me tiró encima y me mordió los huevos, pendejo hijo de puta, me faltaba el aire. Me miraba, se cagaba de la risa y me decía “payaso pelotudo”. Lo agarré de los pelos y lo enterré en el pelotero, el pendejo sacó la cabeza y siguió insultándome, agarré una pelota de plástico y se la hundí en la boca, “tomá guacho, cantate otro tanquito”. El viejo que bailaba de peluca me empezó a gritar y la gorda del globo de la Barbie se desmayó arriba de otra vieja. Los mozos querían separarme pero cada vez le hundía más la pelota al pendejo que ya estaba violeta. Y ahí quedó. Ahogado. Entre las pelotas. Los otros pendejos seguían reventando una piñata de Las Princesas que seguramente estaría llena de esas sorpresitas de mierda y esos caramelos que se te pegan y te arrancan los dientes.

Yo estaba mal, el sindicato me presionaba... pero el pendejo me sacó, me sacó. Lo siento, pero ya no va a joder a nadie. Fue mi culpa, lo hice por amor al arte.

ARMANDO

Desde que me conozco, desde que tengo uso de razón, desde que tengo memoria, veraneo en Cuchilla Alta. Es más, mi padre fue casi fundador del balneario. Mi hermana Chichita y yo desde niños vimos crecer el lugar, y como cambió, no se puede creer. Al principio eran unas cuantas casitas y ni siquiera había calles asfaltadas, ahora en verano ni se puede caminar de la cantidad de gente, no se puede creer...

Ahí en Cuchilla, a los 18 años me ennovié con Estrella, la que después fue mi esposa. Ella se había presentado a un concurso de belleza que se organizaba en el club de pesca y fue la ganadora, salió Miss Cuchilla Alta 1975. Cuando la vi fue amor total, espontáneo, inmediato, a primera vista, no se puede creer. No fue fácil conquistarla, la reina recién coronada estaba rodeada de todos los muchachos del balneario, yo era medio tímido y no me animaba a acercarme, no se puede creer.

Mi hermana Chichita, actualmente maestra jubilada y presidenta de la comisión fomento, siempre fue muy conversadora, muy sociable, y conocía a todo el mundo. La invitó a mi casa a jugar a la conga y la reina aceptó. Yo la miraba desde mi dormitorio hasta que me animé, salí del cuarto, pasé por el comedor la miré de reojo, saludé, y me metí en la cocina. Mientras preparaba el mate mi hermana Chichita gritó *Conga!*, y entre los aplausos y las carcajadas, en la puerta de la cocina apareció Estrella que me dijo: *¿Tenés algo fresco?* Yo quedé paralizado, le dije: *Hay licuado de banana con leche en la heladera.* Cuando le voy a servir me di cuenta que estaba un poquito negro, no se puede creer, *la banana se pone negra, pero es de hoy*, le dije. Le serví un vaso, la miré a los ojos y la felicite, *Te felicito, te merecías el premio.*

Y a partir de ahí empezó a venir a casa y me convertí en el novio de la Reina de Cuchilla Alta, no se puede creer. Después de unos años me casé, la vida no nos dio hijos pero fuimos muy felices y mis obligaciones laborales me permitieron ir solamente en el mes de vacaciones y algún que otro fin de semana largo durante el año, dejate de joder. Soy herrero y con tanto chorro he tenido más trabajo que nunca. Entre reja y reja lo único que anhelaba era ir a pasar mis vacaciones a Cuchilla, hacer el fuego, tomarme un whisquicito tranquilo, preparar un buen asado sin nadie que te joda, comer en la mesa de afuera sin apuros... de postre un helado con ensalada de frutas y dormirme una buena siesta en mi hamaca paraguaya. Y por fin llegaron las vacaciones, cargamos el auto y llegamos a nuestra casa. Cuando estábamos descargando las cosas en el jardín del fondo, abajo del parrillero aparece un cachorrito. Mi mujer cuando lo vio se le acercó, lo empezó a acariciar y me dijo *Mirá que lindo perro. Dejate de joder*, le dije, *¡saca ese bicho para afuera! No seas malo Armando pobrecito... Ta bien le dije, pero yo no pienso encargarme de ese animal.* La cuestión es que el bicho se quedó en casa y Estrella lo bautizó Mauricio. *¿Cómo un perro se va a llamar Mauricio?*, dejate de joder. Un perro se llama Manchita, Colita, Negrito, pero no Mauricio, dejate de joder.

El Mauricio era insoportable, no paraba de entrar y salir de la casa, mordía y rompía todo lo que tenía adelante, pero mi mujer no le decía nada. Este bicho me va a traer problemas pensé, pero no quería discutir. Dicho y hecho, un día estoy tranquilo,

tomando mate con Chichita mi hermana, hablando del casamiento de mi sobrina Gabriela y veo al Mauricio que sale corriendo una rana al medio de la calle, pasa un Copsa y se lo lleva por delante, dejate de joder. Lo aplastó... la rana siguió viva. Mi mujer no paraba de llorar, agarré al perro, lo metí en el auto y nos fuimos a la veterinaria que era como a 10km, el vejiga del pero quedó medio partido al medio. Mi mujer bajó con el bicho, yo estacioné debajo de unos transparente, prendí la radió y esperé. Dejate de joder, que calor que hacía. Tres horas después apareció mi mujer. El Mauricio cantó flor, no lo pudieron salvar. Estrella quedó amargada por el resto del verano, terminamos volviéndonos a Montevideo, pero bueno, hay que entenderla, se había encariñado con el bicho.

Mi sobrina Gabriela que es muy intelectual, que sabe mucho de psicología femenina, me llamó por teléfono para decirme que tenía un amigo ingeniero, un tal Ricardo, que tenía una perra que estaba por parir, que veía a Estrella muy amargada, que por qué no le regalaba uno de los cachorritos, que le iba a hacer bien, dejate de joder... Pero al final me pareció bien... ¡si a ella le gusta! Al tiempo fui a lo del ingeniero a buscar la cachorra, y me le aparecí a Estrella con el regalito. Casi se muere de la alegría. Cuando la vio me dijo *¿es perra?*, sí le dije. *Entonces se va a llamar Mónica.* ¡¿Mónica?! le pregunté, en fin, dejate de joder.

La perra fue creciendo y sus dientes le crecían para afuera del hocico, la verdad es que la Mónica resultó medio fulera, pero la Estrella igual se encariño tanto que a mi prácticamente ni me prestaba atención. Le compró una cunita, chiches de goma con chifle y hasta comía lo mismo que nosotros, dejate de joder... pollito, churrasquito de lomo, costillitas de cerdo... ¡cómo un perro va a comer pollo a la portuguesa! ¡y postre! ¡La perra chupaba el helado del mismo plato de la Estrella con la misma lengua que antes se había chupado el culo! Y encima de todo después se daban besitos en la boca.

La Estrella me miraba y le decía a la Mónica, *viste papito, nos comimos todo el heladito. Ahora nos vamos a hacer nono que mañana nos tenemos que levantar bien temprano.* Nos tenemos que levantar bien temprano, ¡¿para qué?! Si la perra no va a la escuela. Se levantan temprano pa joder, dejate de joder.

Cuando la Estrella se iba de casa le decía *No hagas renegar a Papá, portate bien que mamita ya viene.* Ni bien mi mujer cerraba la puerta yo encerraba a la perra en la cocina y le decía *¡Contale a mamita que papito te encerró, perra tarada, defectuosa, mandíbula carretilla!* La perra me miraba asustada y se metía entre la heladera y la mesada. *Ahí es donde tenés que estar, y si cuando viene mamita le contás, ¡yo me corto los huevos!*, dejate de joder.

Que te cuento que un día la perra se escapó. Mi mujer había ido a visitar a su cuñada al Sindicato Médico y yo me di cuenta que la perra no estaba. Salí a buscarla y la encontré como a las dos horas en la placita abotonada con un perro negro. ¡Dios mío, con la cara de naba que tiene esta! Una vecina les tiró un balde de agua y la Mónica se desenchufó en un segundo. *Vamos para casa* le dije, *¡perro tarada! Si le llego a contar a mamita lo que hiciste, te va a partir el culo de una patada.*

Estrella nunca se enteró de lo que había pasado, pero al poco tiempo descubrió que la perra estaba embarazada, dejate de joder. Le dio un ataque. Yo escuchaba que le decía *Como hiciste eso sin pedirle permiso a mamita, asquerosa... ¿quien es el padre de las criaturas? ¡Contestame!* Yo no lo podía creer, la Estrella prácticamente la empezó a ignorar, ni siquiera la bañaba, tenía un aliento pobrecita... y estaba llena de garrapatas. Me dio tanta lástima que hasta le compré un veneno para las garrapatas. Estaba gorda, con los dientes para afuera, pobre bicho, era un monstruo. Mi mujer nos ignoraba por completo y ni quería ir a Cuchilla Alta, y para no discutir yo me iba todas las noches con la perra a dar una vuelta. Al tiempo me veía llegar y hasta me movía la cola. Cuando estábamos solos yo no la llamaba Mónica, le decía Colita, como se tiene que llamar un perro, ¡y hasta parecía que se reía! Dos por tres mujer no nos cocinaba y yo me iba a comprar un chorizo a la parrilla de la esquina y le tiraba un hueso a la Colita que me regalaba el parrillero. ¡Se ponía como loca cuando veía el hueso! ¡Eso le gusta a los perros no pollito a la portuguesa! ¡No sabes como lo rascaba! Yo estaba contento con la Colita, eramos muy compañeros. No veía la hora de llegar a casa para dar una vuelta con ella. Empecé a ponerme ansioso con el tema de su parto, no veía la hora de ver nacer a los cachorritos. La Estrella prácticamente no nos hablaba, yo dormía en el living con mi Colita a los pies del sillón.

Una noche volví del taller y veo a Colita echada entre la heladera y la mesada, no entendía nada. Estrella se me acercó y me dijo *Ya parió esta asquerosa. ¡¿Y qué pasó con los perritos?! le pregunté. Ya no están, los tire en el contenedor de basura.* Me dio un ataque, salí corriendo a buscar a los cachorros, pero cuando llegué el contenedor estaba vacío. Dejate de joder, se me partió el corazón, no podía creer lo que había hecho la perra de mi mujer. Cuando entré al apartamento se me acercó la pobre Colita con cara de desgraciada llorando y me dijo... porque juro que la perra me habló... *¡Papa, papá, fue ella, ella los mató!* Esa noche prácticamente no pude dormir, no podía creer a que grado de locura había llegado mi mujer... pobre Colita, separada de sus hijos, y de esa manera. Lo último que recuerdo es verme sentado en la cocina toda la noche, que le preparé el desayuno a Estrella, y tomando mate la esperé a que se despertara.

Ella se levantó radiante, como si nada hubiese sucedido. Miró a la pobre Colita y le dijo *Asquerosa, ¡ya te vamos a llevar a la protectora de animales! ¡Mal agradecida! Tenías razón Armando, un perro es un perro. Gracias por el desayuno, es un buen comienzo para reconciliarnos. Sabes que, ¡este fin de semana nos vamos a Cuchilla Alta, nos bañamos en el chorro y a la noche nos comemos unas ricas pizzas en lo del Foca!*

Dicen que Estrella murió intoxicada con veneno para garrapatas. Lo encontraron en la taza del desayuno que yo le preparé.

No se donde estará Colita, espero que algún vecino se haya encargado de la pobrecita... dejate de joder. Fue mi culpa... lo hice por amor a los animales.

GUALBERTO

De niño fui monaguillo. Cantaba muy bien y la iglesia de mi barrio para mí, era el único lugar donde todos los sueños se podían realizar. El único lugar donde había una persona que nos escuchaba, nos protegía, nos guiaba: Dios y el padre Celestino, por supuesto.

El padre Celestino era como un padre para mí. Muy joven, recién llegado de Italia. Nunca olvidaré cuando un día después de misa me llamó a su cuarto, me sentó en su falda y me dijo : *Gualberto: tu cuerpo es de hombre, pero tu alma es de mujer. Y eso no puede ser así. Para no sufrir, tendrás que elegir hijo.* Empezó a acariciarme y en ese momento, mirando a la Virgen del Carmen, que Celestino tenía sobre su escritorio, desee con toda mi alma ser mujer, yo quería ser mujer y casarme con el padre Celestino.

Prácticamente vivía metida en la iglesia, a mi casa solo iba a dormir. Mi único deseo era estar con el padre Celestino, cantar en misa y ponerme la sotana larga, llena de puntillas, que para mí era como el vestido de una princesa de Walt Disney

Mi padre verdadero era capitán de artillería y lo trasladaron a Paso de los Toros. Nos tuvimos que ir con nuestro padre a vivir a esa ciudad, que por supuesto nunca olvidaré. Llorando me despedí del padre Celestino y me fui con mi familia a nuestro nuevo destino, una ciudad de cinco calles, una plaza y por suerte una iglesia.

Pero no era lo mismo. El primer domingo que fui a misa ansiosa por conocer al padre y al templo me desilusioné, el cura era un viejo que hablaba bajito, nada que ver con Celestino. Y entonces, para no sufrir más, decidí, alejarme de la iglesia.

Crecí y como no quería estudiar mi padre me empleó en el campo. Fui esquilador, peón, y mayordomo en la estancia de una condesa australiana. A los 18 años me volví a Montevideo. Me independicé. Nunca estuve tan ansioso como cuando me subí a la Onda. El ómnibus demoraba una eternidad pero por fin llegué a la Plaza Libertad donde me estaba esperando una prima de mi madre que me llevaría a su casa y me alquilaría una habitación. Volver a Montevideo fue como volver a nacer, ni bien dejé mis bolsos en mi nueva casa me fui a la iglesia a ver a Celestino. Fray Benjamín estaba en la puerta del templo conversando con una señora, me acerqué y le pregunté por él. Creo que él no me reconoció y le dije, *Soy Gualberto padre, ¿se acuerda de mí? ¡Gualberto, tanto tiempo! Mi querido... El padre Celestino se volvió a Italia. ¿Se volvió a Italia?* dije, y entré a la iglesia y le pedí a Dios dos cosas: transformarme en mujer y encontrar en Italia al amor de mi vida, el padre Celestino.

Empecé a trabajar en una peluquería hasta que me independicé y abrí mi propio salón. Empecé a dejarme el pelo largo y de a poco a depilarme, dejarme crecer las uñas, fui usando ropa de mujer... pero mi sueño era tener senos y un poco más de cadera. Ya me había cambiado el nombre, Gualberto había quedado en el pasado y ahora nacía Victoria. Trabajé, trabaje y trabaje día y noche sin parar para ahorrar dinero y poder cumplir mi sueño.

Una noche en el boliche gay, le pregunté a una travesti donde se había operado. En Rosario, en Argentina, me dijo, si querés después te paso el teléfono del cirujano. Cuando tuve el teléfono lo llamé y me dio un presupuesto: busto y cadera mil dólares. Cerré la peluquería y me fui a la ciudad de Rosario en Argentina, fascinada con la idea de que volvería como una verdadera mujer.

El cirujano me atendió y en menos de 15 minutos me inyectó líquido en el pecho y en las caderas. Me quedaron dos tetas enormes, y unas caderas divinas, parecía una vedette argentina. La única condición que puso el médico fue que tenía que hacer reposo por quince días. Yo no tenía un peso, ya había gastado todo en la operación y tenía que volverme esa misma noche porque el martes tenía que abrir la peluquería de nuevo. Volver a Montevideo en un ómnibus desde Rosario, república Argentina, pone 11 horas, ni que hablar que recién operada, casi sin poder moverme no me resultó un viaje agradable, pero llegué. Estaba tan cansada que decidí darme una ducha y acostarme con las piernas estiradas. Cuando me saqué la ropa y me miré en el espejo del baño vi que las caderas habían desaparecido y se habían convertido en una barriga, las dos tetas se transformaron en una enorme bola y me convertí en un monstruo de una película de terror.

CRISTIAN ESTIVEN

GUALBERTO Cristian....Cristian Estiven....Ya termina. Ya podés bajar a vender los pasteles.

CRISTIAN ¿Ahora? ¡No hay más!

GUALBERTO ¿Cómo que no hay más?

CRISTIAN Me los sacaron los enfermeros y se los comieron.

GUALBERTO ¿Cómo que se los comieron?

CRISTIAN Si, ellos y los médicos de guardia.

GUALBERTO ¡A ellos! ¡Motín! ¡Motín! ¡Motín!

BORRACHA

OLGUITA

De niña era muy alta. Estaba en quinto año de escuela cuando me desarrollé y me crecieron los senos, me moría de vergüenza y empecé a encorvarme, eso me provocó una desviación de columna crónica. Más me crecían los senos, más me encorbaba. Más me encorbaba, más me dolía la espalda.

Siempre tejí a mano para afuera y eso empeoró mi enfermedad. Con los años tenía la columna desecha, siempre estaba muerta de dolor y un día conversando, mi vecina me recomendó al traumatólogo que la había atendido cuando se quebró la cadera. Era un grado cinco. Lo que me costó conseguir hora con ese traumatólogo, porque todo el mundo quería atenderse con él. Pagué 150 pesos la orden, me dieron el número 9, empezó a atender a las 4 de la tarde y a mí me tocó pasar a las 9 y 30 de la noche. Era la última. No me importó porque siempre llevo un tejido conmigo, mientras espero tejo. Cuando entré al consultorio, sin mirarme y mientras anotaba no sé qué en la historia clínica del viejo que había entrado antes, me preguntó *¿qué le pasa?* Le conté de mi dolor de columna. Sin revisarme me mandó una placa de columna, dos exámenes y un estudio. Cuando tenga los resultados vuelva a verme. *Que antipático pensé, pero bueno es una eminencia.*

Pedí hora para la placa, los exámenes y el estudio. El ticket de placa me costó \$150, el de cada examen \$250, pero para el estudio tenía que pagar 303 pesos y pasar a buscar la autorización la semana siguiente y recién ahí sacar hora para hacérmelo. *Joven* le pregunté a la cajera, *¿no se puede hacer todo hoy?* NO me respondió, pensé que no me escuchaba por el vidrio de la caja, entonces me acerque al agujero del vidrio y le volví a preguntar, *¿Joven no se puede hacer todo hoy? ¡Ya la escuché señora, no se puede, siguiente!* ¡Aaaah! Dije yo, que mal humor pero bueno. Salí de la sociedad sin saber lo que tenía, con 1.103 pesos menos y el mismo dolor de columna.

Diez días después con los resultados volví a pedir hora y a pagar otro ticket para ver al mismo médico. Otras tres horas de espera, pero no me importó porque pude terminar un saco punto inglés que me habían encargado. Cuando me atendió leyó los exámenes y otra vez sin mirarme a la cara me dio pase para fisiatra. *¿Pero que tengo doctor?! le dije. Los exámenes están bien, pero puede ser que esté nerviosa, se contracture y esa sea la causa del dolor. Vamos a probar con fisioterapia y si no se le pasa me vuelve a visitar.*

Salí del consultorio y fui a pedir hora para el fisiatra. Ya estaba cerrado, tuve que volver al otro día. Como tengo miedo de caerme en el ómnibus, me tengo que mover en taxi. Agregamos a la nueva orden, 200 pesos de dos taxis.

Me atendió un fisiatra, muy simpático, un muchacho joven y me mandó 20 sesiones. Por fin alguien que me presta atención, salí contentísima y me fui a la caja.

Le entrego a la chica la orden del médico y ella me dice, *son 2400 pesos. No entendí le dije a través del agujero del vidrio. Son 2400 pesos señora me respondió. ¡¿Cómo?! ¿Señora, le hago el ticket o no? Es que no traje toda esa plata, le dije. Entonces venga mañana, me dijo, deje la caja libre señora, ¡siguiente!*

Que vergüenza, que vergüenza, que atorranta esta cajera, que coraje, con ese cartel que tenía prendido con un alfiler de gancho que decía “por una salud más digna, Pit Cnt”. Mal educada, ¡te voy a dar Pit Cnt!

Me fui para mi casa, me puse a hacer cuentas y no me daba la plata. Llevaba gastado 1.603 pesos, sin contar los últimos taxis. Voy a tener que hacerme la fisioterapia el mes que viene.

Se lo comenté a mi vecina y me dijo, *De ninguna manera Olguita yo té presto la plata. Acepté y empecé la fisioterapia.*

El único horario que había disponible era a las siete y cuarto de la mañana. Durante cuatro semanas, de lunes a viernes me hicieron el tratamiento. Yo seguía con el mismo dolor y recordé que el médico me había dicho que si después de la fisioterapia no se iban los dolores volviera a verlo.

Allá fui, veinte días para conseguir número. Ya me fui tres horas antes, me llevé las agujas y empecé una batita que me habían encargado. Cuando entro al consultorio había un médico suplente. Mi médico estaba en un congreso. Le explico toda la historia de nuevo al suplente que me dice, *¡pero esto no era para fisioterapia! ¿Cómo que no es para fisioterapia? ¡No me angustie más! Eso señora, me parece que usted está muy angustiada y eso la está afectando. Le voy a dar pase para psiquiatra.*

Con el pase para el psiquiatra en la mano empecé a caminar por el corredor rumbo a la caja. Estaba desorientada, pase para psiquiatra, pero ¡que es lo que tengo dios mío! Cuando le pago a la cajera, la misma del cartel “por una salud más digna, Pit Cnt”, otros 150 pesos por la orden para psiquiatra, veo que esboza una sonrisa. Le pregunto, *¿qué le hace gracia señorita? A mi nada. ¡¿Cómo?! le pregunté por el agujero del vidrio, A mi nada, me dice, deje la caja libre, ¡siguiente!*

Ya había gastado más de la mitad de mi pensión, el dolor continuaba y mi última esperanza era el psiquiatra. Fui a la consulta. La doctora era una muchacha joven, muy simpática, con una trenza muy larga y lo que llamaba la atención eran sus uñas pintadas con esmalte negro. Me mandó tres pastillas y me recalcó que si me caían mal volviera a verla, pero que nunca dejara de tomarlas. Empecé con la medicación y me daba cuenta que mi lengua se endurecía y no podía hablar bien. De pronto entraba en un estado de excitación y tejía a una velocidad asombrosa. Las pastillas me hacían mal pero no me dolía la espalda. Las seguí tomando. No podía parar de tejer, tejía, tejía, iba con las agujas a todas partes hasta que un día mi vecina me dijo que me veía un poco acelerada y entonces decidí volver a la psiquiatra.

Cuando fui a sacar la orden había una fila enorme, saqué las agujas y seguí tejiendo un gorrito de bebe que me habían encargado. Cuando llegó mi turno le pido

una orden a la misma cajera con el mismo cartel del Pit Cnt “por una salud más digna”. Le entrego un billete de mil pesos y me dice que no tiene cambio. *No tenés cambio*, le dije. *No, consiga afuera, deje la caja libre, ¡siguiente!*. *No dejo nada la caja libre, atorranta. ¡¿No tenés cambio?! ¡¿No te da vergüenza tratar así a la gente con todo lo que nos cobran para que vos puedas cobrar tu sueldo?! ¡Vaya a atención al cliente señora! ¡No voy nada! ¡No me muevo de acá, conseguí el cambio porque esa es tu obligación, cajera! ¡Siguiente!* gritaba, *¡No se quede ahí clavada y deje la caja libre! ¡Clavada vas a quedar vos atorranta, Pit Cnt!* Saqué el gorrito de las agujas y por el agujero del vidrio se las clavé en el cartel. *¡Tomá acá tenes por una salud más digna!*

Fue mi culpa, lo hice por amor.